

## EUROPA: EL CAMINO SE HACE AL ANDAR\*

**E**s para mí un placer poder dirigirme a ustedes en la apertura de este debate sobre los desafíos globales más importantes a los que nos enfrentamos.

Los desafíos actuales exigen liderazgo político y, por lo tanto, querría compartir con ustedes algunas reflexiones sobre por qué pienso que la política es hoy más importante que hace cincuenta años.

Estoy convencido de que a partir de la Segunda Guerra Mundial la política en Europa ha sido fundamentalmente simple. Antes de que desechen esta idea como arrogante, permítanme por favor que la desarrolle.

La guerra y el orden de Yalta impusieron una cierta lógica a todo el sistema de gobierno mundial. Para los políticos de Europa occidental la tarea era ingente pero clara: se debía reconstruir Europa para lograr una paz duradera y curar las heridas abiertas mediante un mejor gobierno democrático y una sociedad más equitativa. Sostenidos por el dinero y el poder de los Estados Unidos, los líderes de Europa occidental persiguieron sin descanso durante cuarenta años este doble objetivo y lograron un éxito espectacular. La división de Yalta y el temor al bloque soviético se convirtieron en un pega-

---

Jan Krzysztof Bielecki, ex primer ministro de Polonia y presidente del Consejo Económico.

\* Intervención editada del autor en la inauguración del Campus FAES de Navacerrada (1-07-2011). Traducción de Estefanía Pipino.

mento capaz de mantener unida la zona occidental del continente durante la mayor parte de las cinco décadas siguientes.

Ésta es una parte de la fórmula responsable de crear un sentimiento de bienestar y prosperidad sin precedentes. La caída del comunismo únicamente añadió combustible al fuego y admito que mis compañeros del movimiento Solidaridad y yo mismo tenemos algo de responsabilidad en lo que ocurrió después.

La eliminación de la división de Yalta y la victoria absoluta de la democracia liberal exigían audacia por parte de los políticos a ambos lados del Telón de Acero. La reunificación alemana, la OTAN y la ampliación de la UE eran proyectos complicados que demostraban la capacidad de visión de los líderes europeos. Pero este éxito sólo remarcó el éxito del capitalismo occidental y fomentó un sentimiento de autocomplacencia. Este periodo ha sido denominado con diversos nombres: “dividendo de paz”, “gran moderación” o “tiempos de paz y abundancia”.

Se basaba en la creencia de que la paz, la globalización, la supresión de las barreras comerciales y el libre flujo de capital a cualquier punto del planeta conducirían a una prosperidad aún mayor. Y en efecto, en los últimos veinte años la riqueza se ha extendido increíblemente, no sólo en el mundo desarrollado sino también en muchos mercados emergentes. Así, en Polonia, el PIB en términos de paridad del poder adquisitivo se ha triplicado desde la llegada al poder de Solidaridad en 1989.

Apenas sorprende, pues, que algunos anunciaran el fin de la historia, la muerte del ciclo económico y crecimiento y bajos niveles de inflación perpetuos.

En Europa este entusiasmo se vio reforzado todavía más por la divisa única. Los motivos políticos que sustentaban este proyecto eran sólidos: se trataba de una respuesta a los cambios sufridos en la balanza de poder derivados del surgimiento de las naciones asiáticas y las ganas de los Estados Unidos de retirarse de los asuntos europeos. El euro debía ser un ancla de estabilidad, una garantía contra las crisis de divisas.

Al mismo tiempo, era evidente que la divisa única exigiría una profunda convergencia entre sus miembros y una coordinación política mucho mayor que la ya conseguida. Así, en ausencia de una verdadera unión política, se estableció el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y unos estrictos criterios de adhesión. Se suponía que con ello se limitaba la entrada a la Eurozona. Pero se pasó por alto un detalle: la política del euro. La expectativa de su introducción por los países del “núcleo duro” fue inmediata y acertadamente percibida por las naciones restantes como un riesgo: el de convertirse en miembros de segunda clase de la UE.

Los grupos empresariales, líderes políticos y toda la ciudadanía en general de estos países considerados no aptos para ser aceptados se alarmaron de tal forma que se unieron en un esfuerzo espectacular para hacer lo que fuera necesario con tal de no quedar atrás. Algunos países se aprovecharon de la “gran moderación” reinante y lograron cumplir los criterios sin estar realmente preparados para poder sostenerlos. En concreto, no estaban preparados para manejar la limitación de no tener una moneda propia y un mercado de deuda que pudieran gestionar las posibles desaceleraciones cíclicas.

Todos estos riesgos se ignoraron durante casi diez años. Muchos llegaron a la conclusión de que los países que en el pasado habían tenido que luchar contra los círculos económicos viciosos de auge y caída y de préstamos excesivos e impago, finalmente habían conseguido escapar a su destino y que, gracias al ancla de estabilidad proporcionada por el euro, “esta vez sería diferente”. Así, Grecia ha pasado la mitad del tiempo declarándose en *default* o reestructurándose.

Durante casi ocho años, la UE en su conjunto disfrutó de un crecimiento y una prosperidad sin precedentes gracias al aumento de los ingresos, al auge de la vivienda y al acceso ilimitado a una financiación barata por parte tanto del sector público como del privado.

Así que es aquí donde la política falló, engañada por la “gran moderación” y la convicción de que la Eurozona era un “refugio seguro” contra las turbulencias del mercado. ¿Tuvimos alguna señal de aviso? De sobra. Los déficits por cuenta corriente volaban, la competitividad se deterioraba, los precios in-

mobiliarios aumentaban vertiginosamente y las exportaciones caían, pero no se notaba por el auge del mercado inmobiliario y el rápido aumento de los servicios financieros. Las reformas estructurales para mejorar la productividad de la mano de obra y la sostenibilidad de las finanzas públicas ya no parecían necesarias. La supervisión financiera probó ser laxa e incluso las agencias de calificación, hoy tan exigentes, no querían echar a perder la fiesta.

Para ser justos, la “exuberancia irracional” de la gran moderación no se limitaba exclusivamente a la Eurozona: Estados Unidos, que ya atravesaba un déficit gemelo, continuó solicitando préstamos a una escala nunca antes vista en toda su historia. Asimismo, el Reino Unido había permitido una industria financiera y un auge del mercado de la vivienda fuera de control, lo que condujo a una situación donde el 58 por ciento de la economía de la isla dependía de los préstamos privados o del gasto público.

Incluso las naciones recientemente admitidas en la UE se sumaron a esta tendencia. Había una amplia disponibilidad de créditos en divisa fuerte, por lo que los países retrasados de la UE podían aprovecharse de los bajos tipos de interés incluso antes de su entrada en el euro. Incluso en algunos se llegaron a emitir en divisa extranjera hasta el 70 por ciento de las hipotecas, lo que generó un riesgo sistémico enorme. Nadie o casi nadie se quejó.

Es de sobra conocido lo que pasó a continuación. El ciclo económico volvió con más fuerza y empujó al mundo a la mayor recesión desde la temida crisis de los años treinta.

Todos los fantasmas que creíamos desaparecidos para no volver regresaron a perseguirnos. Como argumentan los doctores Reinhart y Rogoff en su ilustradora historia de las crisis económicas y financieras titulada *Esta vez es distinto*: “La tecnología ha cambiado, la altura del ser humano ha cambiado y las modas han cambiado. Pero la capacidad de los Gobiernos y los inversores para engañarse a sí mismos, ocasionando crisis periódicas de euforia que normalmente terminan en lágrimas, parece seguir siendo una constante”.

Para los políticos de esta generación, ser conscientes de que la situación económica puede parecer diferente pero que al final no lo es, define

su razón de estar en política. Se sacudió el polvo de los libros de historia y se sacó de su retiro a los líderes con memoria de crisis previas para que prestaran consejo.

A medida que la crisis revelaba la debilidad perenne del sistema financiero, la ceguera de las fuerzas del mercado y los fallos que aquejaban al gobierno económico del mundo occidental, también se ponía fin al principal espejismo de la gran moderación: la política había dejado de importar.

Desde el día en que cayó Lehman Brothers, en agosto de 2008, la respuesta política a la crisis fue la que marcó la diferencia entre una crisis financiera y un colapso. A pesar de sus diferencias y acaloradas discusiones, los líderes del mundo consiguieron refrenarse y no llevar a cabo las llamadas políticas de “empobrecer al vecino” (*beggars-thy-neighbour*), sino que acometieron las medidas necesarias.

Y ésa fue la parte fácil. Ahora que vemos cómo las esperanzas de recuperación se enfrentan al temor de una doble recesión, nos volvemos a encontrar en territorio desconocido. Y esto es así por dos razones.

En primer lugar, tenemos opiniones encontradas, basadas en la memoria política de los actores principales, sobre qué camino escoger. EE.UU. se guía por el deseo de evitar una repetición de la gran depresión y Alemania por el de evitar la hiperinflación y el descontento de la República de Weimar. Los países con historiales de impago luchan por evitar que éstos se repitan y se aferran al progreso que han conseguido.

La segunda razón es la falta de conexión entre la gente y la clase política. Los líderes políticos deben encontrar la forma de explicar a los ciudadanos que los tiempos de paz y abundancia ya no se pueden dar por sentados. Se necesita un nuevo contrato político, pero para que surja se necesita menos negación y más comprensión de los hechos entre la gente y sus élites. En democracia no es posible reformar sin un mandato popular.

Esto es fundamental porque la eliminación de la montaña de deuda del mundo desarrollado constituye una prioridad absoluta. Sin ello será im-

posible devolver a Occidente el crecimiento sostenido, la prosperidad sin excesos y una paz social duradera.

Y a menos que Europa gestione su deuda, el proyecto europeo, a pesar de su excepcional progreso hasta la fecha, podría tener problemas. La presión del mercado financiero podría acelerar dicha caída. Esto se debe a que el anterior entusiasmo irracional de los inversores hoy ha sido reemplazado por el pesimismo, lo que significa que no se puede excluir una reacción en cadena que provoque una nueva parada del capital, impagos y desintegración.

La gravedad de la situación europea difícilmente puede exagerarse. En sentido político, esta vez, desde luego, sí podría ser diferente.

En el pasado, las crisis de la UE se transformaban en oportunidades para incrementar la integración europea. Sin embargo, esto sólo era posible porque Alemania y Francia estaban totalmente sincronizadas: la primera generaba la energía económica y la segunda, la política.

Numerosos analistas políticos en Europa creen que hoy ya no se puede contar con este tándem, porque el compromiso alemán con Europa ha cambiado mientras que la influencia de Francia sobre su socio ha menguado.

La razón principal es que los ciudadanos y las élites alemanas se han liberado del sentimiento de obligación moral que pesaba sobre la generación anterior, y hoy persiguen resueltamente el interés nacional como cualquier otro país de la UE.

Así, el ataque a la UE y la presión para que se minimice el papel del método comunitario, que antiguamente era un tema tabú en Bonn, parecen haber ganado popularidad ahora en Berlín. De manera que los medios de comunicación alemanes empiezan a alcanzar a sus homólogos británicos en lo que a euro-escepticismo se refiere.

Al final, todo ello se hace evidente en la disputa sobre el futuro del euro y en la toma de decisiones sobre qué hacer con Grecia.

La impaciencia germana con Grecia y la presión sobre los países del “sur” para que acepten la visión alemana sobre cómo debería gobernarse la Eurozona están dando una nueva dimensión a la política europea. Algunos creen que Alemania está tan harta de Europa que, como los Estados Unidos, podría llegar a considerar seriamente la posibilidad de enfrentarse a los desafíos globales en solitario.

Mi opinión personal es que la clase política alemana, en el fondo, aún se siente comprometida con el proyecto europeo. Prueba de ello es la forma en que el compromiso de financiar a Grecia ha incluido una flexibilización por parte de Alemania con la participación de inversores privados para refinanciar la deuda griega.

En última instancia, todo se reduce a si esto constituirá un empujón hacia la integración o hacia la desintegración europea. La división económica se ha convertido en una realidad y, o bien la política la vuelve a unir, o esta división se convierte también en una realidad política.

Por ello, mantenerse aparte mientras Grecia suspende pagos y entra en *default* no es una opción, pues el impacto político implicaría el contagio a los miembros más débiles de la Eurozona y acarrearía enormes costes para todos.

Así que, como conclusión, apoyar a Grecia es una necesidad política a pesar del riesgo moral que involucra. Pero esto sitúa una responsabilidad enorme en el otro lado de la línea divisoria. Grecia y el resto de miembros débiles de la Eurozona deben darse cuenta de que el riesgo moral, en última instancia, es su responsabilidad. Desde luego, la UE racionalizará su gobierno, habrá más presión de los pares y más mecanismos de palo y zanahoria que presionen para que se realicen reformas.

Pero siendo sinceros, debemos ser conscientes de que mientras no haya una mayor unión política, estas medidas tenderán a ser reactivas, más que proactivas, y dejarán espacio a las malas políticas por parte de los Gobiernos nacionales.

No existe una única receta y cada país deberá encontrar sus propias políticas, pero una cosa sí es segura: fracasarán a menos que consigan establecer un nuevo contrato con sus ciudadanos y obtener el mandato para un cambio. Si lo hacen, hay una gran posibilidad de que podamos salir reforzados de esta crisis. Las señales de que las empresas, el sector financiero y los denominados países con superávit están dispuestos a colaborar son alentadoras, pero no deben desanimarse con las futuras debilidades y politiqueros que puedan surgir.

Soy consciente de que esto será difícil para los ciudadanos y que el camino presentará obstáculos a medida que las partes involucradas se dividan entre el instinto de solidaridad y la necesidad de eliminar pérdidas y echar a correr. Pero el hecho de que el camino permanezca escondido no significa que no debamos realizar el viaje.

Permítanme concluir de la misma forma que Henry Kissinger concluyó su hito en diplomacia. Con la misma observación de que los objetivos wilsonianos de paz, estabilidad, prosperidad y libertad constituyen una búsqueda interminable por un camino que se hace al andar, como en el poema del gran Antonio Machado: “*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*”.

### PALABRAS CLAVE

Europa • Unión Europea • Economía europea

### RESUMEN

El ex primer ministro de Polonia repasa las principales vicisitudes del proceso de construcción europeo y sus nuevos desafíos. En su opinión, la actual crisis económica puede ser tanto un factor de integración como de desintegración política. Por ello es esencial establecer un nuevo contrato político con la ciudadanía basado en el mandato popular, la confianza y la exposición sincera de la situación económica y de las reformas estructurales a emprender. El buen gobierno y el papel de los líderes políticos cobran ahora una dimensión fundamental en el camino por el que debe caminar Europa.

### ABSTRACT

Poland's former Prime Minister goes over the main vicissitudes of the European construction process and the new challenges it poses. In his opinion, the current economic crisis could act as a trigger for both political integration and disintegration. It is thus essential to establish a new political contract with the citizens based on popular mandate, confidence, and an honest presentation of the economic situation and of the structural reforms to be put in place. Good governance and the role of political leaders thus acquire an essential dimension with regard to the road to be walked by Europe.